



CONVERSACION LXXXI

SORRE LA SANTA VIOLENCIA QUE ARREBATA
EL CIELO.

Emelia. Con nuestra acostumbrada satisfacción acudimos á tí, para pedirte nos expliques cierto pasage del Evangelio, que nosotras no podemos entender.

Macrina. Bien pudieráis para eso dirigiros á algun sugeto mas hábil y mas instruido que yo y os saldria mucho mejor la cuenta.

Lampadía. De esa manera se habla, cuando se tiene tanta modestia como tienes tú.

Macrina. No hablo yo así, precisamente por modestia; sino por el conocimiento práctico que tengo de mi corta capacidad.

Emelia. El lugar que nos ha dejado, paradas es este:
“*El Reino de los Cielos se toma por violencia; y los violentos son los que le arrebatan*” (1)

1 Matth. 11 10.

Macrina. Por solo complaceros, quiero probar antes, si os lo podre explicar; y si acaso acertare á hacerlo, será por un efecto del socorro de lo Alto.

Lampadía. Á nosotras no nos importa el cómo te compondrás para eso, con tal que lo hagas.

Macrina. Suponed desde luego, que se trata aquí nada menos, que de conquistar el Cielo: conquista de las mas importantes y mas útiles.

Emelia. Cabalmente eso es lo que enciende en nosotras un vivo deseo de instruirnos acerca de este punto.

Macrina. Todo el que no hiciere esta conquista, no puede esperar otra cosa mas, que una eternidad de desventuras.

Lampadía. Enséñanos tú á evitar una tal desgracia, y á tomar el camino que conduce al Cielo; porque nosotras comprendemos sin dificultad, que en este particular no hay medio.

Macrina. Pues para eso es necesario hacerse una violencia continua y hacercela seriamente, y por todos los dias de la vida; porque el que cesare de combatir; aunque no sea mas que un momento, muy presto será vencido.

Emelia. Resueltas estamos a ejecutarlo así, á cualquier precio que sea, y cueste lo que costare.

Macrina. Siendo eso como decís, contad con que os halláis ya bien adelantadas; porque cualquiera que forma semejante resolución, tiene ya andado la mitad del camino.

Lampadia. Y ¿por dónde es necesario empezar? Dí, si gustas.

Macrina. Es menester comenzar peleando hasta derramar la sangre, por no dar jamás entrada en el alma el pecado mortal.

Emelia. Ya comprendemos cuanta necesidad hay de hacerlo así.

Macrina. Bien sabéis que no se necesita mas que un solo pecado mortal, para perder todo cuanto hay de mas precioso; quiero decir, la gracia y amistad de Dios y todos los demas dones que son inseparables de ella.

Lampadia. La sola idéa y representación de una pérdida como esta nos espanta.

Macrina. Una vez que eso es así, como yo creo, armaos, pues, para esta santa guerra; por que no solo tenéis que combatir contra unos hombres de, carne y sangre como quiera; sino contra los Principados, contra los Príncipes de este mundo; es decir, de este siglo tenebroso; contra los espíritus malignos esparcidos, por el aire (1).

Emelia. ¡En verdad, son muchos enemigos, y estos enemigos formidables!

Macrina. Cierto que sí; pero en teniendo valor, y ayudadas de la gracia de Dios, fácilmente triunfaréis, con tal que no abandonéis jamás la santa resolución que habéis formado.

1 Ephes. 6.12.

Lampadia. Nosotras esperamos vencer en Aquel y por Aquel, que nos conforta (1), y nos da fuerzas.

Macrina. Para conseguirlo, es necesario guardar mucho todas las avenidas, por donde el enemigo puede entrar; y estar alerta dia y noche, como vigilantes centinelas.

Emelia. Y ¿qué avenidas son las que principalmente es necesario guardar?

Macrina. Vuestra imaginación, vuestros ojos, vuestros oídos, vuestra lengua; pues estas son las puertas por donde el enemigo se introduce hasta el corazón: estas son las que mejor deben guardarse y defenderse, por que son las mas fuertemente acometidas.

Lampadia. Preciso es, que un trabajo como este, sea grande y penoso.

Macrina. Nunca pudiera ser demasiado grande ni penoso, cuando el asunto es la conquista de la eternidad. Fuera de que, aun cuando fuese grande y penoso, no sería muy largo; puesto que á cada momento nos abrimos paso para entrar en la eternidad.

Emelia. Estas palabras, cierto, nos animan: ¿no hay qué hacer mas que esto?

Macrina. También es menester combatir vigorosamente contra los pecados veniales.

Lampadia. ¿Y nos pides también que no los cometamos?

1 Philipp. 4.13.

Macrina. Eso sería pedirnos un imposible: lo que si os pido y quiero solamente, es, que no cometáis ninguno con propósito deliberado, ni con voluntad y afecto de cometerle.

Emelia. Gran seguridad y alientos nos inspira eso.

Macrina. Debéis estar en la inteligencia de que todo pecado venial desagradá á Dios, y por coniguiente toda voluntad y afecto de cometerle, sea el que fuere este afecto, sería una resolución positiva de querer desagradar á Dios; lo cual no sería tolerable en una alma, que está determinada á arrebatarse el Cielo por violencia.

Lampadia. Mas, al fin, estos pecados no son tan temibles como los pecados mortales.

Macrina. Convengo en eso; pero siempre son de temer; y el que no lo hiciere así, está á peligro de cometer los mortales (1); porque solamente á fuerza de temer las culpas leves, se evitan las graves.

Emelia. Pero los pecados veniales no quitan la gracia, ni hacen perder la amistad de Dios, como los que son mortales.

Macrina. Es verdad; pero debilitan la gracia, y debilitándola, disminuyen las fuerzas del alma; y una alma enferma, es prontamente vencida.

Lampadia. ¿Con qué en esta vida no hay que pensar en hacer treguas, ni en descansar nunca?

1 Eccli 19. 1.

Macrina. Tu lo has dicho ya: siempre es necesario estar alerta: siempre es necesario combatir: solamente en la muerte se puede y es permitido dejar las armas de la mano.

Emelia. Segun eso, la vida es una cosa muy pesada y muy molesta.

Macrina. Yo me alegro, que penséis de ese modo: y esto era lo que hacía que los Santos suspirasen con tanto ahinco, por verse libres de este cuerpo de muerte, para ir á reunirse con Jesucristo en el Cielo (1).

Lampadia. Lo que es por este lado, puede una muy bien animarse; pero por el otro, no puede menos de verse muy cansada y fatigada.

Macrina. Solamente las almas cobardes y desidiosas se dejan amilanar del trabajo; pues las almas dotadas de fortaleza, al considerar la brevedad del trabajo, y la larga duración del premio, se alimentan y animan sin cesar(2).

Emelia. Imitemos, pues, á estas almas valerosas; y no queramos ser del número de las cobardes y tímidas.

Macrina. Yo tengo mucho consuelo en oírlos explicar de esa suerte; y en ver que tomáis ese partido.

Lampadia. Lo dijimos antes, y ahora volvemos á

1 Ad Rom. 7. 24. etc. ad Philípp. 1. 23.

2 Ad Rom. 8. 18. etc. II. Cor. 4. 17.

repetirlo; que estamos resueltas á emprender con el mayor brio la conquista del Cielo, á cualquier precio, y cueste lo que cueste.

Macrina. Continuad, perseverad en esta resolución; y algun dia gustaréis de la dulzura que ella os acarreará.

Emelia. ¿Y es esto únicamente á lo que limitas todo lo que exiges de nosotras?

Macrina. Es menester, despues de eso, trabajar sin interrupción en destruir las imperfecciones que son el origen de tantas caídas como se experimentan en el camino del Cielo.

Lampadia. ¿Qué entiendes por estas imperfecciones?

Macrina. Lo que entiendo es, que ciertas inclinaciones aunque no sean pecados, no dejan á veces de ocasionarlos cuando nose tiene cuidado de reprimirlas.

Emelia. Danos, si gustas, algun ejemplo, que nos haga comprender esto mejor.

Macrina. Me conformo. Hay unas personas que son inclinadas á la ira; otras á la tristeza; estas á la ociosidad é indolencia; aquellas á la inmortificación, unas al amor propio; otras á la envidia; estas á la curiosidad; aquellas á la vanidad y presunción; unas al zelo amargo y excesivo, que á nadie perdona; y otras á una mole indulgencia, que lo deja pasar todo.

Lampadia. Ahora ya te entendemos: mas ¿qué remedio para destruir todas esas inclinaciones, que están tan arraigadas en nosotras?

Macrina. Por mas arraigadas que esten, es preciso que lo hagáis, y os lo aconsejo con las mayores veras.

Emelia. Pero en suma tu dices que estas inclinaciones no son pecado.

Macrina. Verdad es eso; se entiende, mientras no fueren voluntarias; pero ¿no veis cuántos pecados son capaces de hacer cometer, en llegando una vez á descuidarse con ellas?

Lampadia. Esa es ya una tercera operación, y por cierto, no pequeña, que no esperábamos.

Macrina. Pues por vuestra vida, ya podéis pensar en ella, si es que deseáis vivir en esta continua violencia que arrebató el Cielo y á que os manifestáis tan resueltas.

Emelia. Segun las apariencias yo discurro has dicho cuanto había que decir, y que nada mas te queda que ya pedirnos.

Macrina. No os enfadéis aun no lo he dicho todo. Es necesario trabajar tambien, y sin desistir ni acobardaros, desde la mañana hasta la noche, en cumplir con las obligaciones de vuestro estado.

Lampadia. En eso ya estábamos nosotras, antes que tu nos lo dijeras.

Macrina. Pero contáis desde luego con la violencia que es necesario hacerse incesantemente, para ejecutar todas las cosas en su debido tiempo, lugar y modo sin torcer ni desviarse á la derecha ni á la izquierda.

Emelia. ¿Se necesita hacerse mucha violencia para eso?

Macrina. ¿Qué duda tiene? Pues de otra manera, vuestra conducta no sería mas que un continuo trastorno del orden: haríais por la tarde lo que debía hacerse por la mañana; dejaríais para mañana lo que puede evacuarse hoy; ejecutaríais en un lugar, lo que era mas propio para otro; haríais de mala gana, lo que debía hacerse de buena; en una palabra: nada haríais cuando donde, ni como era necesario.

Lampadia. Y ¿qué importa eso, con tal que todo se haga?

Macrina. Vivid persuadidas de que no basta eso; y que para hacer bien cada cosa, es necesario hacerla en su tiempo, lugar y modo.

Emelia. ¿Podrás citarnos algun ejemplo sobre eso mismo que das por sentado?

Macrina. Yo no os citaré otro que el de Jesucristo; el cual no solamente observaba, hasta el mas mínimo ápice, todo cuanto su Celestial Padre le había ordenado, sino que tambien se sujetaba á hacerlo en el tiempo lugar y modo que su mismo padre le había prescrito: no respira otra cosa el Evangelio todo por donde quiera que se lea.

Lampadia. ¿Será por ventura muy malo el hacerlo de otro modo?

Macrina. Es no querer imitar ni semejarse enteramente á Jesucristo es no querer vivir en esta santa violencia que es propia de los hijos de Dios; es no que-

rer vivir con un espíritu de orden y método; y es exponerse á perder aquella gracia que está aligada ó anexa á cada momento, para hacer bien cada acción.

Emelia. No se puede menos de subscribir y conformarse con todas estas razones.

Macrina. Me alegro infinito de veros ya convencidas con la fuerza de la verdad. Pero antes de acabar, tengo todavia una cosa que pedir os.

Lampadia. Háblanos francamente; pues no pudierais hacer cosa que mas nos agrade.

Macrina. Es que temo ya sobrecargaros demasiado.

Emelia. No por cierto no tengas tal recelo.

Macrina quisiera yo tambien que os ejercitaseis en la mortificación de vuestras repugnancias naturales; que algunas veces diesséis de mano á vuestras inclinaciones, aun aquellas que son buenas y arregladas; y que hicieséis todas vuestras acciones, y soportaseis todos vuestros trabajos segun el espíritu de Jesucristo, y no por un espíritu puramente natural.

Lampadia. Confesamos ingenuamente, que hasta ahora siempre hemos hecho todo lo contrario.

Macrina. Pues seguramente no habéis hecho en eso mejor.

Emelia. Pero es que nosotras desechábamos todo lo que nos repugnaba.

Macrina. Los Paganos y los Infieles harían tambien otro tanto.

Lampadia. Asimismo, sin formar escrúpulo alguno,

satisfaciamos todas aquellas inclinaciones nuestras, que nos parecia que no eran malas.

Macrina. Convid en que para eso no se necesita tener una grande virtud; ó mas bien, que no es menester ninguna absolutamente.

Emelia. Nosotras no atendíamos á que espíritu era el que nos guaba para obrar, ó para sufrir nuestros trabajos y penas.

Macrina. Pues persuadios á que todo aquello que no se hace y se tolera por Dios y por el espíritu de Dios, no sirve de mérito alguno para el Cielo.

Lampadia. ¿Luégo hasta aqui hemos perdido muchísimo nosotras?

Macrina. A vuestra discreción lo dejo eso, para que lo penséis despacio.

Emelia. Ya lo hemos pensado bien; y estamos íntimamente convencidas de que así ha sido.

Macrina. Tanéis razón; pues á cada paso habéis perdido tesoros inmensos para el Cielo.

Lampadia. De hoy mas, quremos ya llevar mayor cuenta y razon con estas pérdidas.

Macrina. Haréis en eso muy bien, á todas luces.

Emelia. Pero para esto será menester una atención y una vigilancia continua.

Macrina. Verdad es: pero cuando al fin de eso es arrebatat el Cielo por violencia; ¿os parece se podrá hacer nunca demasiado, por mas que se haga?

Lampadia. Bien vemos, cuan preciso es hacerlo así; y que no podemos negarnos á eso.

Macrina. Una vez que hecháis ya de ver la necesidad de hacerlo, no dilatéis el llegar cuanto antes á la ejecución.

Emelia. ¿Por ventura consiste esto en que toda acción, por muy buena que sea, si se hace na la mas que naturalmente, y sin la mira á Dios, no merece ninguna recompensa?

Macrina. Yo no digo eso; sí digo solamente, que no puede merecer el cielo.

Lampadia. ¿Luégo, por lo menos, la concedes algun premio temporal, como es la salud, una larga vida, riquezas y gloria temporal?

Macrina. Os doy to lo eso de barato: pero ¿y de qué sirve todo eso, si al fin se ha de perder el cielo?

Emelia. El caso es, que el cielo es el que nosotras queremos conquistar, y el es todo el objeto de nuestros deseos.

Macrina. Pues si eso es así, como yo me lo persuado, haced todo cuanto acabo de decir, sin omitir nada de ello.

Lampadia. Cierto que el plan que nos has trazado hoy, es bien gran le, y no es menor la obra que tu has levanta lo; mas no por eso nos acabaramos;

Macrina. No os pito yo tampoco, que lo hagáis todo á un tiempo; sino una cosa hoy y mañana otra: con el tiempo y el socorro de la gracia, os saldréis seguramente con to lo; y á proporción que vayáis arriando el hombre, veréis como todo se allana y se os hace fácil.

Emelia. Con hablarnos de esa manera, es increíble lo que nos animas; y ya nos parece, que todo lo hemos de hacer sin que nos cueste trabajo.

Macrina. Yo lo deo así, y ruego al Señor os conceda esta gracia.



CONVERSACION LXXXII

SOBRE LA FELICIDAD DE LAS VIRGENES

CRISTIANAS.

Demetria. Es tanto lo que se puede aprovechar contigo, que jamás se cansa una de estarte oyendo.

Eufrasia. Muy cortés eres ciertamente; y yo quisiera poder corresponder á tus esperanzas.

Olimpia. Estamos bien persuadidas de que lo harás sin dificultad.

Eufrasia. Lo deseo, en verdad, para vuestra satisfacción: indicadme, pues, que es lo que queréis de mí.

Demetria. Quisiéramos saber ¿qué se debe discuir acerca del estado de las Vírgenes cristianas?

Eufrasia. Un deseo muy loable es ese: entre los estados es el mas santo y el mas feliz.

Olimpia. Haznos palpable esto mismo que propones.